

mentos fueron inútiles. El albañal guardó su secreto.

Con la cabeza baja, húmedos los ojos, caídos los brazos, el pobre diablo llegó á la puerta de Richelieu. Una vez allá dió las gracias al sargento, gratificó con algunos escudos á los soldados que le habían acompañado, y al romper el alba, se dirigió lentamente, por las desiertas calles hacia el palacio de Nevers para comunicar á sus moradores la fatal nueva de la desaparición de Passepoil.

XIV

¡Brava mozal

No se piensa en todo.

Si á Cocardasse ó á cualquiera de los cuatro soldados que le acompañaban se les hubiera ocurrido llevar un poco más lejos su exploración y seguir hasta unos doscientos pasos aguas abajo, acaso hubieran advertido en las orillas del canal huellas de pasos recientes. Y podemos decir que si el gascón no hubiera tenido la idea de ir á buscar socorro tan lejos, el auxilio le había llegado *motu proprio*.

Se recordará que Passepoil no había recibido más que una herida insignificante; pero al contacto del agua sangró en abundancia. Para colmo de desgracia, en vez de caer de pie como su amigo el normando, queriendo agarrarse á los travesaños salientes del puente, cayó hacia atrás y de cabeza en el nauseabundo arroyo.

Por fortuna, el diestro, no era un cualquiera para dejarse ahogar así como así. Sin perder el ánimo luchó contra aquella invasión del infecto líquido por ojos, narices, boca y orejas, y después de silenciosos y desesperados esfuerzos consiguió ponerse en pie. Su situación, sin embargo, no mejoró mucho, pues estaba precisamente en el sitio adonde los mandrines dirigían sus pedradas.

Cierto que las piedras caían al azar; pero la fatalidad quiso que una de ellas bastante gruesa le diera en la cabeza: menos mal que el golpe no fué tan recio que le hiciera caer desvanecido ó muerto. En cambio, le aturdió bastante para trastornar todas sus ideas, lo que le impidió pensar en guarecerse bajo el puente, como había hecho Cocardasse. Tal vez por un instante lamentó no haber nacido en Bretaña, ya que los bretones gozan fama de tener cabezas irrompibles.

Encorvado para no ser visto, apoyándose en las piedras del cauce y con infinitas precau-

ciones para no llamar la atención de los bandidos, á quienes oía hablar y reir, consiguió distanciarse unos ciento cincuenta pasos del puente, aguas abajo.

La sangre que corría de su frente le cegaba, le zumbaban los oídos, y necesitaba desplegar una energía sobrehumana para mantenerse de pie. Sentíase desfallecer por momentos, y calculaba los minutos que le separaban de la salvación ó de la murete.

—Si caigo—pensaba,—¡se acabó! Me será imposible levantarme, y quedaré sepultado en este inmundo canal. ¡Ah! ¿Por qué no habré escuchado á Maturina?

El pensamiento de que quizás también Cocardasse había sucumbido acabó de abatirle: en el acabamiento de sus fuerzas, una pesadilla espantosa le mostraba extendido en la cloaca el cadáver del compañero de toda su vida, y el pobre Amable, descorazonado, estuvo á punto de dar un adiós al amor y á todas las dulzuras de la vida.

Esto le dió nuevas fuerzas. El enamorado Passepoil no quería morir, porque deseaba hallar por fin su media naranja; casarse, tener hijos... Los bandidos se alejaban: concluyó por no oír sus voces. El cauce de piedra cesaba, y seguía una pared térrea que permitía ser escalada. Era la salvación si tenía fuerza suficiente.

El normando se agarró al césped, hizo incapié, y consiguió sentar las rodillas en aquella tierra húmeda y resbaladiza; pero se deslizó, y á no tener tan fuertemente cogida la yerba, hubiera caído para siempre en la cloaca. Por fin, tras nuevo esfuerzo alcanzó el borde, faltó de aliento hasta para arrastrarse dos pasos más allá. Todo lo que pudo hacer fué echarse de costado, y quedó sin sentido en medio del charco infecto que formó la líquida inmundicia que chorreaba de sus vestidos.

Casi en el mismo instante, poco antes de la llegada de los bandidos á la *Cueva Hedionda*, una sombra salió del figón y tomó el camino que conducía desde la puerta de Richelieu á la *Granja Batelera*. Era una mujer, y bajo la capucha que la cubría le cabeza y ocultaba su cara hubiera podido reconocerse la fisonomía franca y abierta de la normanda Maturina.

Avanzaba con precaución alumbrando su camino con una linterna sorda, cuyos débiles resplandores apenas alcanzaban á dos pasos de distancia. De vez en cuando se detenía y escuchaba.

De pronto un ruido de pasos hirió su oído: ocultó la linterna y se ocultó en un matorral, reteniendo el aliento, pero oprimiendo fuertemente la culata de una pistola cargada y amartillada.

Cuatro hombres, bien conocidos por ella, pasaron muy cerca de donde se escondía, pronunciando su nombre y sin ocultar ni disfrazar sus proyectos para hacerla enmudecer por siempre. Ella sonrió tranquila confiando en su serenidad, que rayaba en heroísmo, aunque no se daba cuenta de ello. Sólo la preocupó pensar que el chapuzón debía de haber ido precedido de algunas estocadas. Aguardó á que los bribones se alejasen bastante, y prosiguió su camino con premura.

Llegado que hubo al puente, se arrodilló, paseó la luz sobre la superficie negra del líquido encauzado, y distinguió, sujeto por una rama, el fieltro de Cocardasse: si estaba allí el gascón, también estaría Passepoil. Fué lo primero que se le ocurrió, y principió sus minuciosas pesquisas por la orilla derecha, sin desanimarse por el mal éxito que obtuvo. Era de Caux, y las de ese país pasan por ser tan testarudas como las bretonas.

Comenzó, pues, á registrar la orilla izquierda, y no tardó en distinguir una masa sombría yacente. Le palpó el corazón con viveza. ¿Sería un cadáver? ¿Era Cocardasse? ¿Era Passepoil? ¿No pudiera ser algún malandrín que no tuviese que ver con los diestros? Era común hallar casi diariamente algún cadáver en las orillas del albañal, sin contar los borrachos

que por aquellos alrededores dormían al raso la mona.

Avanzó de puntillas. El hombre, echado de costado, presentábale la espalda; pero de pronto se estremeció: acababa de reconocer los vestidos de Passepoil. ¿Por qué tal emoción, cuando apenas conocía al normando y no cambió con él diez palabras en toda su vida? ¡Misterios del corazón!

—¡Jesús, Señor!—murmuró, mientras su corazón palpitaba aceleradamente.—¡Es él; es ese pobre señor Passepoil! ¡Con tal que no esté muerto!

Aproximóse más, y dejando la linterna al alcance de sus manos, apoyó una en el corazón del normando, que latía débilmente. Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Vivía! Alzó delicadamente la cabeza del diestro para que pudiese respirar mejor.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó al ver que así lo hacía.—¡Fango y sangre en su frente, en su pecho, y calado hasta los huesos! ¡Si tiritaba de frío y de fiebre! ¡Por fuerza tiene el alma bien agarrada al cuerpo el pobre, si es que escapa de esta!

El desdichado Amable no sospechaba en lo más mínimo que el amor espiaba atentamente en su rostro las señales de su resurrección. Sin embargo, al ser colocado en posición más có-

moda exhaló un suspiro, aunque no levantó los párpados ni movió su inerte cuerpo.

Maturina le limpió la cara de inmundicia y sangre, apoyó la cabeza del herido en su falda, y comenzó á hablarle como una madre á un hijito enfermo:

—¡Despertaos, respondedme, Mr. Amable! ¡Si pudierais aunque sólo fuera decirme dónde estáis herido, para poder aliviaros! ¡Abrid los ojos! ¡Habladme! ¡Soy yo! ¡Es una amiga la que os habla: Maturina, la de la taberna!

El normando suspiró por segunda vez y movió la cabeza á uno y otro lado, como si no estuviera sujeta á sus hombros; pero nada más. Era un espectáculo conmovedor el de aquella moza reacia hasta entonces á todo cariño, como refractaria al amor, concentrando toda su inteligencia, toda su energía, en sustraer á la muerte un pobre diablo al cual había visto dos veces, y que apenas si había hecho caso de ella.

En toda mujer hay un monstruo ó una hermana de la Caridad. Maturina era lo último, y sin móvil preciso, por desinterés y abnegación más que por amor, pues aún no se daba cuenta del sentimiento que experimentaba, lo había abandonado todo y estaba dispuesta á desafiarlo todo por cumplir su misión.

¡Ay! Todos sus esfuerzos para reanimar al herido parecían vanos, y lamentaba amarga-

mente no haber pensado en proveerse de algún cordial. Y el caso era que tal situación no podía prolongarse: su presencia al lado del diestro era inútil, puesto que no le aliviaba lo más mínimo.

Los aldeanos están habituados á calcular la hora por la mayor ó menor transparencia de la noche: la normanda calculó que no tardaría ni una hora en aparecer la luz del crepúsculo. Temió la frescura matinal para aquel hombre que temblaba de fiebre y cuyos vestidos estaban empapados en agua, y temía además que Gendry y su banda volverían con el alba para asegurarse de que el albañal no había dejado escapar su presa.

Apenas pensó esto, cuando distinguió la luz de varias antorchas en lontananza: un grupo de hombres que al parecer llegaban de la ciudad se acercaba al albañal; y aunque Maturina había visto á los bandidos encaminarse en otra dirección, no le cupo duda de que eran ellos. Supuso que habían dado un rodeo y buscado á la policía para apartar de ellos toda sospecha. Lo temía todo de aquellos malandrines, cobardes, astutos y falaces.

La tropa que se acercaba estaba demasiado lejos para que pudiera contar el número de individuos, y menos aún para reconocer entre ellos á Cocardasse. ¿Sería un socorro, tanto

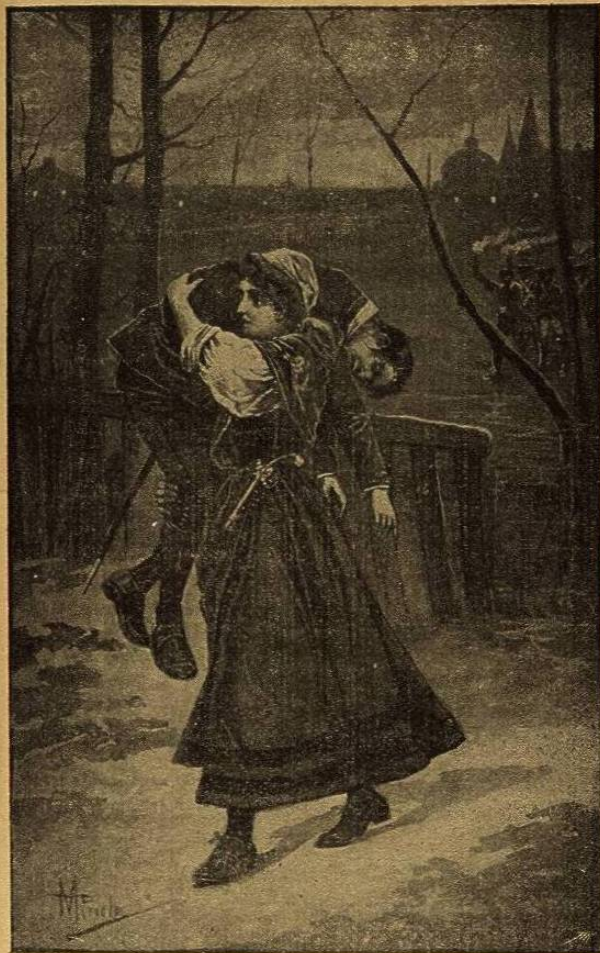
más oportuno cuanto que su linterna estaba apagándose? ¿Serían los bandidos?

En la duda, Maturina creyó prudente y urgente sustraer á Passepoil á las pesquisas de los que llegaban. En cuanto á Cocardasse, se daba cuenta de que no podía intentar nada para salvarle. Quien persigue dos liebres á la vez, se expone á no alcanzar ninguna. La normanda lo sabía, y era demasiado sensata para abandonar lo cierto por lo dudoso.

—¡Vamos!—dijo.—¡Ya que el pobre no puede moverse, tengo necesidad de buscar dónde ocultarle, á lo menos hasta que sea de día!

La realización del proyecto era difícil, y para intentarlo se necesitaban las fuerzas de Maturina; tanto más, cuanto que no le quedaba tiempo de madurarlo, pues las antorchas se acercaban más y más, y era tiempo de tomar una decisión rápida.

Deslizó su pistola en la cintura, se sujetó en el mismo sitio la linterna, y haciendo un esfuerzo se cargó á la espalda al diestro, doblemente pesado por su inercia y por el agua infecta que empapaba sus vestidos. Sin embargo, la moza sentía decuplicadas sus fuerzas ante la inminencia del peligro, y se puso penosamente en camino, á la ventura, siguiendo la orilla del albañal hacia abajo, y no dudando que



Cargóse á la espalda al diestro...

encontraría alguna casa donde los cobijaran.

Más de una vez vaciló y se sintió desfallecer; pero sacaba fuerzas de flaqueza con aliento sobrehumano y apresuraba el paso, sin atreverse á mirar hacia atrás por miedo de ver que la perseguían.

Apenas había dado quinientos pasos, cuando Cocardasse llegó al puente; pero como la luz que llevaba Maturina acababa de apagarse, el gascón y los soldados no pudieron verla, ni sospecharon que Passepoil estaba allí un instante antes de llegar ellos.

XV

Amor sincero.

Al alba, Maturina exhaló un suspiro de alivio. Hacía un momento que caminaba á la ventura, é ignoraba por completo dónde estaba, aunque consciente de haberse alejado del peligro. Su júbilo fué indecible al distinguir á corta distancia una choza de aspecto miserable.

Hizo su último esfuerzo y llamó: al prin-

cipio no obtuvo respuesta, como si estuviese deshabitada la cabaña. Después de diez minutos largos de dar rodillazos á la puerta se entreabrió una ventana lo suficiente para poder mirar quién llamaba.

Si en aquellos tiempos la prudencia era una necesidad y no podía abrirse una puerta sin saber á quién, en los alrededores de la *Granja Batelera* las precauciones eran mayores y más indispensables.

—¿Qué queréis?—respondió una voz hueraña.

—Abrid—suplicó Maturina.—Es un herido que necesita socorro.

—¡Otro bandido! ¡Llévale á la Piedad! Algo lejos está; pero si fuera yo á recoger á todos los que reciben cuchidadas por estos parajes, convertiría diez cabañas como ésta en hospital. ¡Largo pues, y gracias por tu regalo!

Otra que la normanda no hubiera insistido ante la rudeza irónica de aquella negativa; pero la valiente muchacha continuó suplicando: no lo hacía por ella. Quizás hizo bien, pues la dueña de la choza, lejos de cerrar el ventanillo, escuchó.

—Ordinariamente estos malandrines vienen por sus propios pies. ¿Cómo es que traes éste á hombros?

—Abridme primero, y os lo explicaré. Por